

Las fallas de Valencia y la dermatología



Aurora Guerra Tapia
Profesora titular
de Dermatología.
Universidad Complutense
de Madrid.
Jefa de la Sección
de Dermatología.
Hospital Universitario
12 de Octubre. Madrid

Si nunca se ha acudido a las fallas de Valencia, si nunca se han vivido estas fiestas tradicionales y multitudinarias que se desarrollan en las calles de la ciudad a cielo abierto, será muy difícil comprender el sentido que las anima.

Las fallas, dicho en pocas palabras al neófito en festejos populares, son hogueras en las que la leña está formada por figuras de personas, animales, plantas u objetos dispuestos en grupos, situados en escenarios callejeros, en actitudes variadas. El combustible que las enciende y consume es la ironía, la sátira y la crítica jocosa burda o inteligente.

El significado original de la palabra *falla* es el de antorcha o luminaria urbana. Así aparece en los clásicos valencianos como *Tirant lo Blanc*, la novela caballerescas de Joanot Martorell escrita en pleno Siglo de Oro valenciano (1490), o en *Espill*, también conocido como el *Llibre de les Dones*, del médico Jaume Roig, de la misma época, lleno de una misoginia tan inocente que mueve a la sonrisa.

*Yo os quiero confesar, don Juan, primero:
que aquel blanco y color de doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.
Pero tras eso confesaros quiero
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.*

Bartolomé Leonardo de Argensola (1561-1631)

Pero el sentido con el que en la actualidad se utiliza, esto es, el de una gran hoguera que sirve para festejar o conmemorar algún acontecimiento jubiloso, comenzó a ser empleado por los valencianos en el siglo XV y XVI, refiriéndose a las fogatas que se encendían en lo alto de los 51 metros de la torre del Miquelet, campanario de la catedral, para anunciar la hora del ángelus. Mimetizando esta costumbre, pronto se encendieron fallas en campos y poblaciones en las vísperas de la fiesta de algunos santos, como San Juan o San Pedro, para celebrar la visita de un rey o evocar algún hecho histórico. El eje era un gran mástil en torno al que, a modo de gigantesco candelabro, se colgaban toneles llenos de ramas secas, sarmientos, virutas y alquitrán, que ardían desde la mañana hasta la medianoche. Son memorables las fallas encendidas en 1525 por la victoria de Pavía sobre Francisco I de Francia, o en 1538 por el tercer centenario de la conquista de la ciudad por Jaime I.

De la simple hoguera antigua a la escultura actual preparada para la inmolación, el camino fue lógico. Los talleres artesanos prolongaban su jornada cuando la luz diurna se hacía tenue. Para poder continuar trabajando, se instalaba el *parot*, un palo vertical sujeto a un trípode con diferentes brazos de los que pendían candiles. Al llegar el tiempo de vacación, se prendía fuego al *parot*, junto a todos los utensilios inservibles de la temporada, harapos y trajes viejos, que colgaban de los brazos del candelabro, y un sombrero en lo alto, que dada al conjunto un cierto aspecto humano.

Nació así el *ninot* o muñeco que, a mediados del siglo XVIII, cambia su papel inicial de espantajo por el de obra maestra, con historia y mensaje incorporado. Mensaje no solo intuitivo, sino explícito en el *libret*, que contiene en verso y en lengua valenciana la explicación de la falla: estrofas satíricas, desenfadadas, picantes o cómicas que incitan a la sonrisa.

No hay tema que escape a esta intención. La medicina y sus especialidades se representan a menudo, por ejemplo, la dermocosmética o alguno de sus aspectos, como el maquillaje.

La historia de la cosmética demuestra que la utilización de cosméticos coloreados para modificar el aspecto de la piel de un individuo se remonta a los orígenes de la humanidad: desde rituales mágicos o religiosos hasta gestas guerreras o tramas amorosas. Aunque la finalidad inicial es mejorar la apariencia para aumentar la belleza de unas facciones, en muchas ocasiones trasciende el simple gesto estético para convertirse en una eficaz herramienta terapéutica. No solo enfermedades como el acné, la psoriasis, la dermatitis atópica o el vitiligo se enlazan con alteraciones psicológicas, sino también una larga lista de motivos de insatisfacción, como cicatrices, manchas, estrías o tatuajes, primero deseados y más tarde aborrecidos. Ansiedad, depresión, fobia social y problemas laborales surgen con más frecuencia de la sospechada. Pues bien, el haz y el envés de un mismo hecho —el maquillaje— se ha dibujado también en el marzo chispeante de Valencia en una de sus fallas (figs. 1 y 2).



Figura 1. Aurora Guerra al pie de la falla de Valencia dedicada al maquillaje.



Figura 2. El maquillaje infantil, juego y entrenamiento.

Las fiestas falleras, consustanciales con la ciudad levantina, son la apoteosis desbordante del regocijo, del «reírse de uno mismo», que es la cota más alta del humor. Y no hemos hablado de la música, la pólvora, los fuegos de artificio, los estandartes, las comisiones, las flores, los desfiles, los buñuelos... Magnífico espectáculo. La dermatología no se lo ha querido perder este año.